

su regla es un contrasentido; todo hasta esos insectos que por una burla cruel viven con su familia en uno de los argentados pelos de sus barbas.

—«¿No ha puesto nunca el pie una mujer en la montaña? me preguntaba lady Franklin.

—Una sola vez, mi lady, y fue una de vuestras compatriotas, que desembarcó en la playa de Iveron. Luego al punto se agitaron las simandras, las puertas se cerraron, los coros de monges oraban y desde la torre mas alta el mas sabio gritó en voz de conjuro. ¡Vade retro, Satanás! y Satanás desapareció. Pero desde aquel día los *higuenos* sorprenden á los jóvenes diáconos, bellos como Adonis y pálidos como estatuas de mármol, interrogando al horizonte...»

Dokiarios.—Secta de los palamistas.—San Xenophonte.—La pesca de esponjas.—Vuelta á Karies.—Xiropotamos, el convento del Rio Seco.—Partida de Dafne.—Mariano el cantor.

A la tarde llegamos por cima del convento de Dokiarios á la costa occidental. Hacia ya mas de un mes que habíamos visto ponerse el sol: el día declinaba lentamente y al través de la dulce transparencia del crepúsculo las tintas se fundian en un matiz uniforme que solo dejaba ver el contorno de las rocas y los árboles. Los vapores del ocaso se condensaban á la atmósfera y pesados y oscuros nubarrones, uniéndose en vano para ocultar el sol, tomaban las mas caprichosas formas recordándome una de esas conspiraciones tenebrosas que procuran vanamente oscurecer la verdad. Luego que el sol se puso, brilló el monasterio con sus mil pálidas luces, pero el camino que á él conducía estaba cada vez mas sombrío y lleno de dificultades. Un mulo se cayó, y yo creí ya roto mi aparato fotográfico; pero solo fue el pappas que estuvo á punto de desnucarse. Por fortuna cayó de cabeza, pero el turbante que lo habia protegido, se le caló hasta las narices. El hombre gritaba diciendo estar ciertamente muerto y todos sin embargo, nos reiamos de tal modo que nadie tenia fuerzas para arrancarle el turbante que tan ridículamente lo cubria. Cuando los monges llegaron, parecia que jugábamos á la gallina ciega y nos tomarian por una cuadrilla de locos. Por fin se tranquilizó al pappas, se le prometió hacer una novena y luego nos sentamos á la mesa.

Casiano dice, hablando de los monges de Egipto, que Serene les dió un domingo una salsa con un poco de aceite y sal frita, tres aceitunas, cinco garbanzos, dos ciruelas y un higo por barba. Esta colacion que Casiano llama regalos poco frecuentes entre los monges, hubiera sido una comida de festin al lado de la cena que nos sirvieron en Dokiarios. Se nos habian acabado las provisiones; hacia ya dias que rofamos un hueso de jamon que habia perdido todo su perfume original; hasta entonces en los conventos habíamos

encontrado abundante sino succulenta mesa; pero la mesa de aquella noche era simplemente una tabla. «Estos hombres son santos, dijo el pappas despues de la cena; se les acusaba de glotonos, pero Dios está viendo su abstinencia.» ¡Glotones!—dijimos nosotros. ¿Quién les ha levantado ese falso testimonio?—El mismo Barlaam.

Hé aquí quién fue este monge que aun queria que fuéramos mas sóbrios. En 1339 vino á Salónica un monge llamado Barlaam y catalan de origen. Despues de haber estudiado los padres de la Iglesia Griega, tuvo muchas conferencias con pretensiones de reunir las dos Iglesias. Por aquel mismo tiempo habia en el convento de Dokiarios un caloyer llamado Gregorio Palamas, que era un santo varon, que aseguraba haber visto por sus propios ojos la esencia divina.

Palamas hizo numerosos sectarios que como él pretendieron haber llegado al sublime estado de quietud. Barlaam los llamó *omphalopsycos* (almas en el ombligo, pancistas), y los acusó de renovar la heregia de los Masalienses condenados hácia fines del siglo IV. A este cargo añadió el de intemperancia y habiéndose agriado la cuestion por una y otra parte, Barlaam solicitó del emperador Andrónico la reunion de un concilio á fin de convencer á los athonitas de sus errores. Y el concilio se celebró en Santa Sofia el 11 de junio de 1341, presidido por el mismo emperador. Barlaam fue condenado, y Palamas triunfante hizo subir á la silla patriarcal á uno de sus discípulos llamado Calisto, hombre grosero é ignorante. Pero habiendo sido esta elevacion causa de un cisma en la Iglesia Griega, Catacuzeno se vió obligado á destituir á Calisto.

En todo esto hay un hecho cierto, y es que, como queda ya probado, el cargo de intemperancia seria hoy muy mal fundado respecto de los caloyers de Dokiarios.

El día siguiente tomamos una barca que nos condujo á San Xenophonte, donde fuimos recibidos por un viejo caloyer originario de Corfú, que habia hecho las campañas de Egipto y de Grecia desde 1821 á 1829. Tenia el cuerpo acribillado de balazos, pero disfrutaba sin embargo de muy buena salud, deseando tomar la revancha, segun confieso ingénuamente. Enseñónos en el Catholicon, modernamente construido, algunas curiosidades arrancadas á la antigua iglesia: dos bellos fragmentos de mosaico, representando á San Jorge, *el honor de la Sicilia*, (*Civilia de-cus*), y á San Demetrio; los restos de un retablo de madera tallada y un viril esmaltado. Este último objeto, de forma rectangular, estaba decorado con cabezas de santos sobre un fondo de arabescos.

Durante nuestra inspeccion, sirvieron la comida en una de las galerías altas que dominan el mar. El cocinero habia recibido sin duda especiales instruc-

ciones de nuestro viejo cicerone, por cuanto apareció la mesa con un lujo extraordinario. Sobre unos manteles con franja de seda y recamos de oro, como los que bordan las mujeres de Calamatta, humeaba una fuente de doradas en olorosa salsa y en medio de una gran cantidad de higos, sandías y uvas, verdaderos productos de Canaan. La mesa estuvo animada: el caloyer comenzó á contar la historia de sus campañas y el pappas endilgó una letanía de alabanzas á la Santa Montaña. El vino de Santorim es bueno, el de

Tenedos no le cede en nada, pero el de Corinto es ciertamente superior: tal fue la opinion general. El caloyer llegaba á su quinta campaña y el pappas al final de su letanía tomaba epítetos del paraíso para celebrar la bondad de la Santa Montaña. Ya íbamos á atacar un odre de vino de Chipre, cuando oimos bajo las galerías un ruido mesurado de remos: eran pescadores de esponjas que exploraban la costa. Este espectáculo interrumpió nuestra alegría, porque no se puede imaginar lo horrible de semejante oficio. Vi-



Recoleccion de avellanas en el monte Athos.

mos á aquellos hombres sumergirse y permanecer bajo el agua mas de un minuto, reaparecer y sumergirse de nuevo, repitiendo este abominable ejercicio por espacio de muchas horas. Estos pescadores tienen aspecto de ahogados: los ojos inyectados de sangre, hinchados los párpados, la tez lívida y los labios pálidos como los de los difuntos. En el puente, dos hombres envueltos en sendas mantas, examinaban atentamente lo que les llevaban sus perros anfibios...

Por la tarde el buen padre, que no queria que ignoráramos ninguna de las distracciones de su dichoso retiro, nos llevó á la pesca con antorchas. Esta pesca es la misma que se hace en la bahía de Nápoles y

en ciertas costas de Francia. Enciéndese una tea en la proa de una ligera barquilla y se pinchan con un tridente los peces que se sorprenden dormidos. Durante el verano los caloyers se ocupan de esta pesca y hacen para el invierno salazones de pescados muy abundantes en aquella costa.

El siguiente día fuimos á visitar las ruinas del monasterio de Archangelos: en el camino topamos un gran número de monges haciendo la recoleccion de bayas de laurel, de que extraen un aceite muy estimado por los turcos, y la de avellanas que esportan á Constantinopla.

A nuestra vuelta al convento, nos separamos de

sobre estas montañas de ásperas puntas y para penetrar hasta Punah. Este ramal se dirige desde Punah hacia Kholapore, donde alcanza las mesetas del Decan, debiendo reunirse á la red de Madrás.

II.

Idiomas y poblaciones de la costa de Malabar.—Los malrates, los rhiils y los gudes.—Los parias y gentes sin castas.

Los pueblos que habitan la costa de Malabar provienen de razas tan diferentes y profesan religiones tan diversas que esta costa ofrece al observador una parte de los tipos de toda la India. Algunas de estas religiones toman su punto de partida en el panteon indio, mientras que otras sacan su origen de los libros sagrados de los hebreos y de los cristianos. Las religiones de Mahoma y Zoroastro tienen tambien aqui sus representantes. Las familias judías de esta costa pretenden haberse escapado de la Palestina allá en tiempo de Tito.

La poblacion india de la costa del Malabar puede dividirse en cinco grandes fracciones que llevan los nombres de nayres ó naimanes, kuragas ó kudagures, tuluvas, canaras y concanis.

Los tres primeros grupos hablan lenguas dravidianas y puede considerárseles como autóctonos, mientras que los dos últimos se sirven de lenguas nacidas del sanscrito y deben provenir de los aryanes.

Además de los pueblos sedentarios ó los que tienen origen y religion mas ó menos conocida, la India y la costa de Malabar en particular, están habitadas por gran número de poblaciones, divididas entre sí por lenguas que no se refieren ni al sanscrito ni al tamul, y por costumbres diferentes. Para dar una idea de la diversidad de estas razas, basta saber que los ingleses han llegado á distinguir cincuenta y dos tribus diversas solo entre los pueblos que habitan en la presidencia de Bombay.

Los mas nobles de estas tribus son los bhills y los gondes; los sontals que derivan de los antiguos autóctonos del Norte; los garoles, que han tenido tambien sus rajahs y un poder independiente. Las tribus párias vienen despues de estos grupos, llamándose en los alrededores de Bombay warcali, shalodis, mahars, ramosis-col y culi. Algunas de estas tribus párias adoran á Siva y á Cali.

Otros salvajes habitan los Gathes por encima de las provincias de Concan y de Canara, son con frecuencia vasallos de los nayres y tienen tierras de ellos en arriendo; porque en esta costa la propiedad era individual en contra de los usos establecidos en otras partes donde el suelo pertenece al gobierno. Esta costumbre indica una diferente idea social.

Los salvajes que viven en los bosques llevan los

nombres de codun-kurubasus, malai-condiarus, irulers y soligurus. Algunas de estas tribus son casi blancas como los malai-condiarus y estos hechos complican el problema de la antropología indiana. Además de las mieses que cogen en sus montañas, explotan los bosques cortando los árboles de teek y sacando de las palmeras una bebida espirituosa.

Adoran á los demonios llamados *butanes* que personifican los elementos; pasan por hechiceros y son muy perezosos. Muy unidos entre sí, obligan á los habitantes de los pueblos en que viven á tratarlos con alguna humanidad, pues se hacen solidarios de los malos tratamientos que sufre uno de ellos y abandonan inmediatamente la localidad en que uno de los miembros de su comunidad ha tenido que sufrir alguna injusticia.

Dícese que en otro tiempo estos salvajes solian prender á los viajeros extraviados y sacrificarlos cruelmente enterrándolos vivos ó quemándoles la cabeza.

En tiempo de las guerras del Nizam y del Mysore servian de guías á los ejércitos del sultan Tipoo cuando venia de Mangalore. Este príncipe, viéndolos desnudos, les ofreció enviarles ropas; pero ellos le rogaron les permitiera vivir como habian vivido sus padres.

Estos salvajes tienen hoy dia costumbres bastante pacíficas, siguen casi desnudos y conservan muchas supersticiones. Monseñor de Cannos, que habia vivido mucho tiempo entre ellos, me dijo que tenian diversos modos de adoracion: el fuego es uno de los elementos á que dan culto, y en algunas ocasiones las jóvenes recorren los pueblos con una corona de carbones encendidos.

Los naturales de la costa de Malabar que armaban en otro tiempo los audaces corsarios de Angria, de Savagi y de Sawant-Vadi, son actualmente pescadores casi todos. Desde el mes de enero, la sardina abunda en aquellas aguas y millares de barcos vienen de lejos á hacer esta pesca.

En la costa de Canara los pescadores se dedican con preferencia á la pesca de fondo y sus barcos muy despalmados se suelen encontrar á muchas millas á lo largo. Un sombrero de doble fondo, de ancha ala, semejante á una sombrilla, los preserva del sol y da á sus piraguas un aspecto muy pintoresco. Son muy desconfiados y huyen asi que ven un barco grande.

Algunos, sin embargo, se aventuran á ofrecer el producto de su pesca á los cruceros. Cuando llega el mes de mayo, cesa la pesca y se varan las piraguas en la orilla. La buena estacion vuelve en la costa del Malabar en el mes de octubre. El monzon de Sureste vuelve á soplar generalmente en la primera semana de junio, inundando de lluvias toda la costa. Los meses comprendidos entre mayo y noviembre son

tempestuosos y los navíos que entonces frecuentan estos parajes están espuestos á terribles tormentas: los huracanes de 1837 y 1854 hicieron grandes estragos en la costa de Bombay. Pero luego que en diciembre hace el sol un movimiento retrógrado para venir á derramar la vida en el hemisferio Norte, los barcos indios salen en tropel de los puntos en que se habian refugiado durante el invierno y las aguas son otra vez surcadas por millares de piraguas que llevan á Bomba y los productos mas variados.

Los barcos indios son en general aparejados como tartanas, su proa es muy esbelta y su popa está cargada de una pesada chopeta que suele tener dos pisos para alojamiento de los armadores y de los comerciantes. Estos barcos se llenan completamente de algodon que llevan en el puente y en la cala; los mástiles salen á penas de este monton y se maniobra como se puede. Redes y cables sostienen balas del mismo género en las bandas, mientras que en la popa se ven colgar grandes racimos de plátanos y jarros llenos de manteca ó vacíos.

Sóbrios y sufridos los marineros induanos se separan poco de la costa y fondean casi todas las tardes para hacerse á la vela otra vez, cuando el viento de tierra vuelve á soplar.

III.

Establecimientos franceses de la costa de Malabar.—Mahé.—Su prosperidad.—Su rio.—Razas y religiones.—Santa Teresa.—San Sebastian.

La factoría de Mahé, situada en la costa de Malabar á los 11° 42' 8" latitud Norte y á los 73° 4' 10" longitud oriental, es la única posesion que Francia conserva en esta costa, porque no puede darse este nombre á Calicut y Surate, alojamientos que se alquilan á los particulares.

La pequeña poblacion de Mahé á la orilla izquierda de un rio que penetra bastante en aquel suelo, es muy pintoresca: sus casas están rodeadas de jardines y sepultadas por decirlo asi en medio de bosques de cocos.

Las aldeas, que han sido devueltas á la Francia, están separadas de la ciudad, pero en comunicacion con ella por medio de un buen camino. La poblacion de ambos distritos reunidos no pasa de 7,000 almas, que viven en un territorio de casas de 600 hectáreas. Tres mil almas habitan la ciudad propiamente dicha y cuatro mil las aldeas, todas satisfechas y felices bajo la bandera de Francia. La riqueza de estos indios consiste en palmeras y el gobierno francés deja á esta pequeña poblacion gozar en paz el fruto de sus cocos, mientras que los súbditos de la Gran Bretaña que se estienden alrededor pagan al colector 9 *rupias*, es decir, cerca de 21 francos por pie de coco.

Mahé no tiene ningun edificio público. La casa del gobernador pertenece á un rico particular que la alquila para las necesidades de la administracion: es grande y está situada junto al embarcadero, en el sitio en que estaban antiguamente las baterías de defensa.

Otro fuerte bastionado habia en lo alto de la ciudad que cruzaba sus fuegos con las baterías de la mar. Hoy solo restan las ruinas de los fuertes construidos para asegurar nuestra posesion.

La via de Mahé está obstruida por un banco que solo puede pasarse en pleamar: el fondo es mayor luego que se rebasa esta barra, á cuyo abrigo acuden infinidad de tartanas. La actividad mercantil de Mahé es bastante considerable para sostener el movimiento de cuarenta ó cincuenta barcos. Un puente, no concluido aun, debe poner en comunicacion las dos márgenes del rio, que se pasa actualmente en barca.

La poblacion de Mahé se divide en tres grupos religiosos: los induanos puros conservan los diversos ritos de sus padres, subdividiéndose en varias castas como en toda la India; la de los tchatrias ó guerreros toma en Mahé la denominacion de nayres; raza brava que combatió esforzadamente por su independencia á la aparicion de los portugueses en las costas de la India. Las mujeres nayres gozan el privilegio de muchos maridos.

Cuando uno de los nayres entra en casa de una mujer, deja á la puerta su espada y sandalias, y desde este momento la puerta viene á ser sagrada, de tal modo que jamás ha ocurrido un caso de querrela entre ellos por la violacion de este privilegio.

Los antiguos conquistadores mahometanos que se llaman mapelles, eran muy ricos y servian de corredores para todas las operaciones comerciales; pero ahora son mas inquietos que antes.

Los cristianos son tambien bastante numerosos en Mahé y provienen ya de las antiguas conversiones hechas por los portugueses, ya de la mezcla de esta raza con las mujeres del pais. La religion católica está aceptada en toda esta costa y los misioneros pueden penetrar entre los pueblos salvajes que habitan los Gathes.

Mahé está bajo la advocacion de Santa Teresa, á quien se le ha dedicado una bonita capilla, cuyo techo es de modesta paja. El dia de Santa Teresa, todos los habitantes de Mahé, sin escepcion de culto, vienen á ofrecer sus preces á Dios y sus ofrendas á la santa.

Tambien se tiene en gran veneracion á San Sebastian: su estatua atravesada de flechas tiene la virtud de preservar de las epidemias, al decir de sus devotos. Sucede con frecuencia que vienen diputaciones á demandar la intervencion del santo, y los sacer-